Elogio de la risa

José Ingenieros

LIBROS DE BAUBO

Estudios sobre la risa

José Ingenieros

ELOGIO DE LA RISA

Libros de Baubo

Esta obra forma parte de la colección de estudios sobre la risa de la **Asociación de Estudios Literarios y de Cultura, A. C.** (ADELyC), y puede descargarse gratuitamente en www.librosdebaubo.net.

Contacto: esteticasdelarisa@gmail.com y adelyc.ac@gmail.com

Diseño del logo interior de **Libros de Baubo**:
Adriana Ramírez de Alba

Título original de la obra digitalizada: *Al margen de la ciencia*

México: ADELyC, 2013.

Asociación de Estudios Literarios y de Cultura

Estudios sobre la risa

Biblioteca
Digital
Libros de
Baubo

La colección digital **Libros de Baubo** es coordinada por:

Silvia Alicia Manzanilla Sosa
Karla Marrufo

El Comité Editorial de la **ADELyC, A. C.** está integrado por los siguientes miembros del Consejo Directivo:

Karla Marrufo
Secretaria

Martha Elena Munguía Zatarain
Vicepresidenta

Silvia Alicia Manzanilla Sosa
Presidenta

Judith Buenfil Morales
Miembro activo de la ADELyC.

ELOGIO DE LA RISA

Edición preparada por

Silvia Alicia Manzanilla Sosa y Karla Marrufo

DR. JOSÉ INGENIEROS
Catedrático en la Universidad de Buenos Aires

Al margen de la ciencia

F. SEMPERE Y COMPAÑÍA, EDITORES
VALENCIA

AL MARGEN DE LA CIENCIA

Elogio de la risa

Chinón, 1905.

Imaginaos un cielo meridiano en Andalucía, un patio empavesado con la chillona locura de todas las flores, una fresca moza llena de gracia y de calor, con la púrpura de tres claveles sobre la sien y la cadera temblorosa de sensualidad al ritmo de una seguidilla coreada por voces primaverales, una tela de Sorolla. Parece reir en ella, omnímoda, la salud de la Naturaleza, como si la luz del cielo, el color del cuadro, el frescor de la moza, el desgaire de los claveles y la emoción de la cadera, se conjugaran en una apoteosis de vida y de esperanza.

Otro cuadro. Una plazoleta desierta y blanqueada por la nieve bajo un palio de plúmbeas nubes macizas, una iglesia pobre y un muro limitando el breve horizonte, pocos árboles, cuyas ramas escasas parecen dedos de manos mendicantes abiertas sobre el cielo gris, una muda silueta, arrastrando pasos inseguros sobre la alfombra algodonosa, y más allá el cadáver de un gorrión á

medio sepultar entre los copos fríos. Es un invierno de Sisley. Todo él sugiere un triste agonizar de la Naturaleza: el blancor de la nevada bajo el cielo opaco, la melancolía del muro en ruinas, la telaraña del ramaje sin frondas, el mutismo solitario; los pasos inciertos del anciano y el gorjeo apagado en el cadáver, parecen exponentes del agotamiento y la desventura.

Hay alegrías y tristezas en los paisajes, hay quejumbres y risas en todo lo que vive y existe, como si en cada colina, bosque, arroyo, corola ó mariposa palpitara una partícula del alma universal, infinita. Hay paisajes sanos y enfermos, equilibrados y neurasténicos, jóvenes y viejos; en algunos sobra vida, en otros languidece. La salud de los paisajes tiene fisonomía especial: sonrisa y alegría; los de la Naturaleza moribunda parecen muecas de envidia, de angustia, de pena.

El Sorolla risueño significa para todos lo mismo: juventud y fecundidad. El triste Sisley parece un símbolo de achacosa decrepitud.

* * *

Lo mismo que en los paisajes, en la vida humana la alegría y la tristeza corresponden á estados opuestos de salud mental y física. Bien lo presumió Stendhal: una disertación sobre la risa debe escribirse en estilo anatómico más bien que académico.

Un instinto misterioso y previsor nos da la sensación del placer cuando se produce una intensificación de la personalidad. Nos place todo lo que nos aumenta, completa ó mejora: nos duele todo lo que amengua, dificulta ó restringe la expansión individual. Ese placer y ese dolor, si son durade-

ros, se traducen por estados de alegría ó de tristeza; si transitorios, estallan en risa ó en llanto. Fácil es comprender que la alegría y la risa concuerdan con los fenómenos fisiológicos más propicios al bienestar y á la evolución del individuo ó de la especie.

En el hombre, como en la tela de Sorolla, alegría es sinónimo de salud. Los higienistas reconocen, unánimes, que la risa es saludable, y los fisiólogos enseñan que es privilegio de organismos cuyas funciones están equilibradas; los psicólogos podrían agregar, sin vacilaciones, que la felicidad suele ser patrimonio de los hombres que saben reir.

Todos los encomiastas de la risa, desde Rabelais hasta Anatole France, loaron sus virtudes sanitarias: ella expulsa el humor negro, elimina la bilis y desopila el bazo, presuntos autores ó cómplices de la tristeza. Algunos moralistas solemnes y funerarios han osado considerarla incompatible con cierta estética é intolerable para cierta moral, mas nunca permitiéronse desconocerla como legítima florescencia de la salud. D'Alembert, comentando la alegría chacotona del populacho, escribió con razón á su rey: «Yo también reiría como él si me fuese posible digerir y dormir mejor.»

Prescindimos aquí de las risas patológicas, producidas por una enfermedad orgánica ó por un desequilibrio mental; son ajenas á estas reglas y se estudian en los libros de medicina. Para los demás casos podríamos ensanchar la fórmula, según lo quiere Dugas, y darla definitiva: la risa expresa cierto erotismo ó plenitud vital que suele corresponder á la buena salud.

Los psicólogos llaman «euforia» al bienestar subjetivo constituído por la conciencia de ese eretismo ó plenitud vital; la euforia mantiene al hom-

bre en «estado de alegría» y en «inminencia de risa». Nos conviene hacer y fijar esa distinción entre el fenómeno permanente y el accidental, el «temperamento alegre» y el simple «acceso de risa». Para establecer su correlación exacta, diremos que el primero corresponde al organismo habitualmente sano, y el segundo á los momentos de bienestar.

***

Dentro de la salud existe una gama de tonos infinitos: el *Hércules Farnesio* y la *Diana* de Falguières, el *Perseo* de Benvenuto y la *Venus* Medicea, el *Pensador* de Rodin y la *Tanagra* de Géróme. Hay también risas y risas, distintas todas dentro de la fundamental unidad de su expresión. Algunas abiertas y sonoras como cascabelear de castañuelas; otras discretas como el elogio de un rival; penetrantes como la mirada de una amante celosa; heladas como las felicitaciones amargas de los fracasados; cálidas y expresivas como la palabra alentadora de un satisfecho. Las hay mudas y reveladoras, respetuosas y confidenciales, inflexibles y tolerantes, fugaces y definitivas, aterciopeladas y violentas. Algunas son parciales, relativas ó convencionales; otras son irresolutas, reservadas é incompletas. Hay también risas enfermas: imitativas, grotescas, felinas, el rictus, la risa loca, la risa doliente, la alucinatoria, la delirante, las risas histéricas y otras que preferimos olvidar.

Pero la risa arquetipo, la ubérrima, la que interpreta la más sintética acepción del vocablo, expresa simultáneamente la máxima intensidad y amplitud de vida, resume el ejercicio del mayor número de funciones físicas y mentales elevadas á

su más alto nivel. No olvidemos que organismo y espíritu son dos aspectos de una misma realidad; el alma es la representación de todas las funciones orgánicas. Antes se la creyó el privilegio de una incorpórea entidad acoplada á la carne triste; después se consideró á las facultades del espíritu como funciones del cerebro, segregando éste ideas como bilis el hígado; hoy se sabe que la actividad psíquica es la resultante de todas las actividades orgánicas percibidas y reflejadas por los centros nerviosos: las funciones elementales del protoplasma —la sensibilidad y el movimiento—contienen ya los gérmenes de las más complicadas funciones del espíritu humano. Y el clásico adagio *mens sana in corpore sano*, podemos glosarlo así: «espíritu alegre en cuerpo alegre». Un organismo sano es la substructura indispensable para un espíritu jovial, activo, generoso, optimista; un organismo enfermizo es el fatal incubador de la tristura, la pereza, la envidia, el pesimismo. Ante la ciencia, la alegría y la risa devienen simples epifenómenos subordinados á contingencias materiales. La psicología biológica ha suprimido el problema dualista: un estado de alma es un estado de cuerpo.

Se es triste ó alegre como se es anémico ó pletórico, famélico é inapetente, ágil ó torpe, bilioso ó linfático. Una alimentación abundante ó pobre, una higiene satisfactoria ó deficiente, un empleo cómodo ó fatigador, un riñón sano ó calculoso, una piel coriácea ó permeable, hacen al hombre alegre ó triste, truecan el temperamento jovial en sombrío. Así también, accidentalmente, una copa de champaña, una buena compañía, una fugaz jaqueca, una digestión fácil, un paseo prolongado, una fatiga de amor ó una hora de estudio, son factores que obstan ó favorecen el acceso de risa, en pro-

porción y circunstancias variables para cada individuo.

***

Al estudiar la expresión de las emociones suele definirse la risa como el conjunto de movimientos fisionómicos que exteriorizan una emoción de placer. Para los fisiólogos consiste en breves sacudidas respiratorias que se suceden rápidamente á través de las cuerdas vocales reunidas ó separadas, produciendo sonidos altos, claros é inarticulados, quedando flojo el velo del paladar: la boca está generalmente abierta y contraídos de manera característica los músculos de la cara.

Los psicólogos, en cambio, han procurado establecer las condiciones de actividad mental que determinan la risa; no han conseguido, sin embargo, ponerse de acuerdo sobre tan escabroso tema de meditación.

Sólo han concordado en reconocer que la risa es un fenómeno exclusivamente humano, verdad admitida mucho tiempo ha. Voltaire amplió la frase de Rabelais: «Reir es lo propio del hombre», en términos muy repetidos: «Los animales no ríen de placer, aunque lloran de tristeza. El ciervo puede verter un humor de sus ojos cuando se ve acosado; el perro también, cuando se le diseca vivo. Pero ellos no lloran la pérdida de sus amigos, como hacemos nosotros; ellos no estallan de risa, como nosotros, en presencia de un objeto cómico. El hombre es el único animal que sabe reir y llorar.» Otros filósofos hicieron innumerables incursiones en este campo, y á fe que el tema es tentador. Pero la ciencia ha separado toda la hojarasca filosófica, buscando en estudios objetivos y experimentales

una interpretación de la risa, ya sea en el orden fisiológico ó en el psicológico. En ambos sentidos la mies ha sido abundante y fecunda la cosecha.

Spencer cree que no basta resumir en ingeniosas doctrinas algunas condiciones psicológicas de la risa para explicar los movimientos mímicos que suelen acompañarla. ¿Por qué se contraen de cierta manera los músculos de la cara, así como los del pecho y del abdomen, cuando sentimos un placer intenso ó cuando nos choca un contraste inesperado? Esa respuesta debe inquirirse en la fisiología.

La otra tendencia, puramente psicológica, considera secundarios los fenómenos mímicos: lo esencial es, para ella, el engranaje mental que pone en juego esos resortes mecánicos de la expresión.

En suma, la fisiología nos lleva á estudiar la risa mueca y la psicología nos induce á analizar la risa intención. En un extremo encontramos la mímica de la emoción de placer y en el otro el elemento intelectual de la risa.

Ambas concepciones, lejos de oponerse, parecen complementarse. Ello resultará más evidente si consideramos los diversos factores que pueden entrar en la composición de la risa.

***

Error de los filósofos y sabios que formulan «una» definición de la risa es el no advertir que ella asume «varias» formas fundamentalmente distintas. Bastaría, empero, comparar las dos risas más clásicas de la pintura universal: el transparente sonreir de *Monna Lisa* y la carcajada fofa de *El Idiota*, en las insuperadas creaciones de Leonardo y de Velázquez.

Aquí sonrisa á la sordina; de su boca brota como la vena frágil de una Castalia inquieta: es indecisa en los ojos como el tornasol de una seda sin ajar; se dibuja en la garganta como el eco de intenciones perspicaces y picarescas. Se atreve tenuemente, como un amanecer primaveral sobre las rosas de un jardín. Es aterciopelada como la caricia de una docta hetaira. Cubre de gracia reservada y honda los labios que diríanse tallados en púrpura antigua para disimular agradables ironías: labios esquivos al estertor y á la jarana, dignos en su sobriedad. Allí desbordante ronda de músculos pletóricos, hartazgo de contracciones sin reflejo mental, surcos torpes en la hebetud anodina de la mueca, satisfacción imbécil en torno de la gran boca abierta que parece volcar en carcajadas toda la hueca opacidad de su inconsciencia.

Profundo espíritu en la una, mueca superficial en el otro. Diríase que la sonrisa de la Gioconda hermosea su cara, como si un Euros dulce frisara en leves ondas la superficie de un mar profundo, y que el carcajear del Idiota afeara la suya, como si un violento Bóreas atorbellinara las pocas brazas de agua de un lago pantanoso. Pero más que en la cantidad, ambas difieren en la calidad de intención que las anima, en su contenido psicológico. Monna Lisa ríe cerebralmente, como si su conciencia se iluminara al recordar picarescas fábulas que pueblan su imaginación partenopea, resucitando en el Renacimiento la clásica creación de los escultores eginetas: el Idiota muequea sin perspectivas mentales, como los ídolos deformes de las razas primitivas, dejando fugar por los músculos indolentes los ciegos impulsos de su inferioridad.

La risa intención y la risa mueca son los tonos fundamentales de la gama jocunda, cuyos términos

extremos serían la ironía mental y el rictus convulsivo. Fácil es comprender que todas las risas no son inteligentes y que todo placer espiritual no se desgrana en risa mímica.

***

Siendo un fenómeno complejo, los factores que la componen pueden combinarse ó disociarse de varias maneras, como ya lo ha supuesto Ribot. Suelen distinguirse en la risa dos elementos: el gesto y la idea. El uno es exterior, objetivo, fisiológico, susceptible de una descripción exacta y minuciosa; el otro interior, subjetivo, psicológico, cuyo estudio presenta más dificultades y plantea innúmeras incógnitas.

Esa división no satisface por completo. Creemos que en la risa conviene distinguir tres elementos: el mímico, el emotivo y el intelectual. Pueden coexistir los tres, pero pueden exteriorizarse por separado.

a) El elemento mímico de la risa manifiéstase por movimientos particulares de ciertos músculos de la fisonomía y por una sucesión de pequeñas expiraciones ruidosas que parecen depender de contracciones reflejas del diafragma. En el idiota, el niño ó el demente, puede encontrarse la risa circunscrita á sus manifestaciones mímicas, como fenómeno del automatismo inferior, determinado por imitación, ó como simple reflejo funcional, sin que intervenga la conciencia ni la subconciencia. Esta risa es un fenómeno motor, sin significación psicológica.

b) El elemento emotivo consiste en cierto estado especial del organismo, determinante de una emoción de placer, el cual encuentra en la risa

mímica uno de sus medios particulares de manifestarse. Esta risa es un medio de expresión de las emociones; en ese carácter la encontramos en todos los seres humanos de regular desenvolvimiento psicológico.

c) El elemento intelectual consiste en la percepción de lo ridículo ó lo risible contenido en el excitante de la risa; puede no estar acompañado por manifestaciones mímicas, ni por un estado emocional. Los argentinos atribuimos al verbo *gozar* la significación correspondiente á la forma intelectual de la risa.

En suma:

1.° En los inferiores mentales la risa es posible como fenómeno mímico, independientemente de toda correlación con un estado psicológico cualquiera.

2.° La generalidad de los hombres poseen la risa como gesto destinado á expresar emociones de placer.

3.° Los hombres capaces de procesos psicológicos superiores pueden poseer la risa puramente intelectual, para cuya existencia no es indispensable la emoción de placer ni su expresión mímica correspondiente, limitándose á ser un acto representativo.

Es evidente que la risa intelectual constituye la etapa superior de la evolución de la risa humana, su más fino y acabado florecimiento: la gala más exquisita del espíritu.

***

Desde la risa mueca en que desborda el excedente vital del organismo, como enseña Spencer, hasta la risa intelectual en que la idea toma las

riendas y procura inhibir la expresión fisionómica, se advierte una evolución progresiva. La alegría es cada vez más espiritual, la risa cada vez más inteligente. En cambio, la tristeza y la solemnidad tórnanse cada vez más tontas, más huecas, más necias. Esa evolución hacia la risa intelectual se confirma observando la evolución étnica: á medida que aumenta la superioridad de las razas, acreciéntase la aptitud para reir. Baudelaire hace notar que la risa de los griegos y de los latinos no es la nuestra, necesitándose retrotraer el espíritu para sentir ó compartir su musa cómica ó jovial.

En el individuo, la euforia, que implica la conciencia subjetiva de una perfección ó superioridad, favorece la percepción de cualquier desequilibrio ó inferioridad. Este es el núcleo del ridículo: incoherencia, desproporción, aturdimiento, inadaptación, absurdo, distracción. Por eso mismo el ridículo es una cualidad esencialmente humana; las cosas pueden ser bellas ó feas, pero no ridículas: solamente lo parecen cuando la imaginación las humaniza.

La salud, entonando el espíritu, lo dispone á desplegar su capacidad de observación y de análisis para percibir los motivos de ridículo existentes en todo lo que cae bajo el dominio de los sentidos; es, pues, el substrátum necesario de la euforia y de la propia superioridad frente al ridículo. Un psicólogo sistemático formularía esta serie de términos:

Salud: talento, optimismo, alegría, éxito.

Enfermedad: desequilibrio, pesimismo, tristeza, fracaso.

Los tontos (débiles de espíritu) y los tristes (enfermos de espíritu) son los menos aptos para percibir el ridículo. Su incompletud é imperfección les coloca en el sitio de víctimas antes que de ver-

dugos, de burlables y no de burladores. No hay risa intelectual sin la conciencia de la propia superioridad, puramente subjetiva y relacionada con la inferioridad de lo ridículo. Ese carácter subjetivo explica por qué muchos tontos de capirote creen burlarse del prójimo en el propio momento en que se convierten en objeto de la risa ajena.

Una misma acción ó persona es ridícula en distinto grado para sujetos diferentes; su ridiculez estriba en la aptitud para percibirla y es inherente á quien la observa. Los idiotas jamás descubren el lado ridículo de las personas ó de los acontecimientos; cuando ríen lo hacen automáticamente, sin gozar. Un imbécil ó un niño de pecho no gozaría ni comprendería el ridículo de Sancho Panza al contar que cabalgando un clavileño subió tan alto que veía á la tierra como un grano de pimienta y á los hombres apenas como avellanas. Un tonto militante reiríase acaso al pensar que los hombres parecían más grandes que la tierra, pero es indudable que leyendo el *Quijote* no encontraría ridículo á Sancho en posesión del papel de hidalgo y héroe. Mucho menos comprendería el de cierta dama invitada por Cassini á presenciar un eclipse de luna, que llegó al observatorio media hora después de ocurrido y preguntó al sabio si él no podía recomenzar el fenómeno. Callemos de aquel filósofo á quien se le reprochó que usara guantes rotos y resolvió ponérselos del revés para ocultar los agujeros.

Si ridículo es todo lo contrario al ideal de perfección humana, la ridiculez debe ser varia para individuos que tengan un ideal de perfección distinto. En una reunión mundana todos ríen diversamente, según sus aptitudes mentales. Un tilingo es incapaz de comprender el ridículo ceremonial

de una tertulia; entrando á una sala sin calefacción encuentra correcto quitarse el gabán aunque tenga frío, tomar té, aunque tal brebaje esté mal preparado, felicitar á la niña cuando toca pésimamente el piano y hablar tres horas con personas que no le interesan sobre asuntos absolutamente triviales. Una persona de inteligencia discreta advertirá que todo eso es ridículo, así como buena parte de los gestos y palabras vulgares que en torno suyo florecen, pasando inadvertidas para los individuos menos inteligentes. Por fin, los hombres dotados de una intelectualidad superior pueden llevar más lejos la percepción y el análisis, descubriendo la ridiculez donde los otros no se atreverían siquiera á sospecharla.

Cada espíritu posee su lente; ve más ó menos, según él sea. Los tontos y tristes son ciegos al ridículo, refractarios á su percepción; los inteligentes y alegres lo descubren á distancia y con aumento. La risa es humana y es eterna; por eso refiere Platón que las Gracias, buscando un templo que jamás pudiera ser destruido, encontraron el alma de Aristófanes.

***

El vulgo, constituído por esas unidades gregarias que son los hombres de rebaño, suele confundir la sana alegría con la frivolidad y la seriedad solemne con el carácter. A menudo oímos decir de un triste que es persona seria y reflexiva, ó de un alegre que es informal é inconsecuente. Tal confusión sería un simple disparate si se formulara de buena fe; pero suele ser una excusa difundida y aceptada por la gran masa de los tontos y los tristes, con el objeto de justificar su propia inferioridad.

No creamos en los hombres solemnes que temen comprometerse ante quien los ve reir. Son contrabandistas del talento, falsos monederos de la intelectualidad, piratas del éxito y de la fama; sólo aspiran á que la gran masa de inferiores los consagre «hombres serios»: saben que con ese pasaporte, y sin bagaje de ningún género, se puede llegar muy alto y muy lejos. Los hombres solemnes y silenciosos son simuladores de baja ralea: espíritus indigentes que ocultan en la penumbra del silencio la andrajosa miseria de sus ideas. Es raro el hombre serio que calla por astucia; más son los que callan cuando nada tienen que decir; y callan siempre. Su fisonomía amorfa no cobija la profundidad de pensamiento alguno, pues el cerebro de los hombres solemnes suele ser una página en blanco: «el armiño de la estupidez, sin una sola mancha de inteligencia», que diría Hugo. La seriedad es una simple incapacidad de reir.

El carácter es otra cosa. Los datos más recientes de la psicología inductiva y experimental han permitido á Sergi afirmar que la integridad de carácter está proporcionada al perfecto equilibrio de la inteligencia y de la salud. Se infiere que coincide preferentemente con la alegría y no con la tristeza.

La bondad misma puede medirse por la risa, como por un cartabón inequívoco. No queremos quitar á Carlyle el honor de patrocinar esa afirmación que parece paradojal. Cuenta, en *Sartor Resartus*, que el mismo señor Teufelsdrokh se rió una vez, acaso la primera y última en su vida, pero con tal carcajada, que bastaba para despertar á los Siete Durmientes; y comenta: «Ningún hombre que se ha reído una vez, ingenua y plenamente, puede ser del todo malo, sin remisión.

¡Cuánto significa la risa! Es la clave con que se descifra á todo el hombre. Algunos gastan una eterna sonrisa afectada y necia; hay en la de otros un brillo frío, como de hielo; pocos son capaces de reir con lo que puede llamarse risa; de ninguno de ellos cabe esperar cosa buena. El hombre que no puede reir, no sólo es apto para traiciones y estratagemas, sino que toda su vida es ya una traición y una estratagema.»

Algunos espíritus refinados tórnanse inaccesibles á la alegría y se crean «una especie de inmunidad á la risa», como afirma Barrés No negamos el hecho, pero su explicación es fácil: suele tratarse de intelectuales «envenenados» por el fracaso y por la envidia, sujetos desequilibrados é incompletos, brillantes para morder y difamar á los que triunfan, pero incapaces de triunfar ellos mismos en la vida. Entre los griegos florecieron los Agelastas, que practicaban la completa abstinencia de la risa. Así lo refiere Platón, mas parece que no los imitaba: Pascal asegura, en sus pensamientos sueltos, que «ordinariamente se supone á Aristóteles y Platón como personajes solemnes y serios: eran, sin embargo, buenos sujetos que jaraneaban y se reían como los demás entre sus amigos».

Una clara intuición de estos hechos sugirió al más insigne alienado, á Federico Nietzsche, aquella página dionisiaca de su *Zaratustra* que termina proclamando sagrada la risa é invita á los hombres superiores á cultivarla con amor.

La risa intelectual es la dádiva con que la Naturaleza ha integrado los privilegios de los hombres superiores.

Dejando á filósofos y moralistas el demostrar la función social de la risa, como correctivo de las

costumbres colectivas é individuales, señalemos su campo de aplicación médica y práctica: la risa terapéutica.

La risa y el placer son exponentes de energía vital; pero pueden, á su vez, ser agentes provocadores de esa energía. Una ley general de psicología enseña que toda expresión mímica tiende á determinar la emoción que habitualmente le corresponde: poniendo la cara triste no es posible pensar en cosas alegres, y viceversa. Por eso la risa provocada merece una amplia cabida en la terapéutica racional. Las buenas compañías y los espectáculos risueños constituyen la fase mundana de esta medicación; la parte farmacológica puede estar á cargo de los medicamentos eufóricos ó exhilarantes, cuya lista es compleja desde el vino de champaña hasta el protóxido de ázoe, pasando por el opio, el haschich, el kawa y otras substancias que en dosis pequeñas merecen experimentarse cual modificadoras del tonus cerebral y orgánico.

La risa terapéutica fué preconizada por Moreau de Tours y por Raulin en el tratamiento de ciertas neurosis; la risa provocada produce efectos sorprendentes. Gracias á las mencionadas asociaciones funcionales, la expresión de la jocundia y el placer, obtenida en los sujetos aun á su pesar, llega á producir esos estados. Aunque el orden de ese proceso sea inverso al normal, la eficacia de su acción no es menor; así como el placer trae la risa, la risa trae el placer. «Hay que reir antes de ser feliz—dice Goethe—, y si la alegría se resiste á venir, hay que forzarla.» Ese es, sin duda, el secreto de muchas personas que ríen siempre y á todo propósito, viviendo contentas de sí mismas y de las demás.

Esta agradable terapéutica no ofrece peligros,

aunque se le han atribuido algunos imaginarios. «Se ha llegado á contar—dice Voltaire—que algunas personas han muerto de risa: me cuesta creerlo, pero seguramente hay muchas más que han muerto de tristeza.» No cabrán, pues, vacilaciones al prescribir y provocar la risa como estimulante de la salud, de la inteligencia y de la felicidad; mejor receta no puede otorgar un psicólogo al viviente cementerio de neurasténicos aburridos que afean y amargan la existencia en las grandes ciudades. Y si son jóvenes, deben enamorarse de una mujer que sepa reír con los ojos y con el espíritu, con los labios y con el corazón, con todo su cuerpo gracioso y salubérrimo, plenamente, absolutamente, con una risa que sirva para algo más que para mostrar sus lindos dientes.

ÍNDICE

Apelando al paralelismo entre una feliz estampa veraniega en Andalucía y un lóbrego paisaje nevado, José Ingenieros (1877-1925) desarrolla una anatomía de la risa y sus cualidades, en contraposición con la seriedad y la tristeza. Analiza los elementos que intervienen en la risa y ofrece una amena descripción de este fenómeno. La risa no sólo conlleva bienestar espiritual y psicológico, sino también físico, puesto que responde a una vitalidad propia de la buena salud.

Más allá de esta contraposición, Ingenieros conviene en la complejidad del fenómeno y se explica el hecho de que no haya aún un consenso para definirlo, puesto que las risas son tan diversas como los seres humanos: “Algunas abiertas y sonoras como cascabelear de castañuelas; otras discretas como el elogio de un rival; penetrantes como la mirada de una amante celosa; heladas como las felicitaciones amargas de los fracasados; cálidas y expresivas como la palabra alentadora de un satisfecho. Las hay mudas y reveladoras, respetuosas y confidenciales, inflexibles y tolerantes, fugaces y definitivas, aterciopeladas y violentas”.

Después de confrontar opiniones y abonar en el argumento de que la risa es reflejo de un bienestar integral en los individuos, Ingenieros llega a la feliz conclusión de que “es humana y eterna”.